DONNE CHIESA MONDO
L'OSSERVATORE ROMANO—EDICIÓN ESPECIAL EN ESPAÑOL – NÚMERO 128 – OCTUBRE 2026

Con la colaboración de la Universidad Pontificia de Salamanca

SE226107

SUPLEMENTO
Vida Nueva



EDITORIAL

Asís, otra historia

El franciscanismo es una genealogía de la libertad femenina

LUCIA CAPUZZI y MARINELLA PERRONI

Cuando cae la oscuridad sobre el Domingo de Ramos de 1212 (o de 1211, según algunos), la joven fuerza la cerradura de la puerta trasera de su castillo, la que solo se abría para dejar pasar los cadáveres. En cuanto sale, la noche de Asís se la traga. Camina por las calles oscuras y desiertas hasta la llanura de la Porciúncula, el lugar acordado. Allí la espera **Francisco** con los demás frailes. Decidida a llegar hasta el final, le ofrece su cabello para que se lo corte, sellando así el carácter irrevocable de su decisión. Esa joven es **Clara**. Pero contar aquella noche únicamente como el momento en que una joven elige seguir a Francisco significa dejar de lado algo esencial. Porque Clara no es una seguidora. No es la mujer que está "detrás" del santo. Es una de las protagonistas de la radical invención espiritual, social y política que toma forma en Asís a comienzos del siglo XIII. Es útil releer a Francisco –del que se cumplen 800 años de su muerte– a través de las mujeres que acompañaron su vida, custodiaron su mensaje y transformaron la intuición espiritual en práctica cotidiana, comunidad, cultura y cuidado. Y contemplar el franciscanismo no solo como la historia de la santidad masculina, sino como un taller de relaciones, libertad femenina, resistencia y puesta en común.

"No hay Francisco sin Clara" sigue siendo una afirmación verdadera, pero corre el riesgo de conservar una gramática antigua: aquella según la cual detrás de todo gran hombre habría una gran mujer. Una concesión, aparentemente generosa, a una hagiografía patriarcal en la que el protagonismo femenino solo se reconoce en cuanto subordinado al masculino. Clara es protagonista de la misma intuición espiritual que Francisco y, a la vez, una mujer que traduce esa intuición en una forma de vida propia. Su huida, a los 18 años, no es solo un gesto de adhesión a una vocación religiosa, es la elección de sustraerse a un destino familiar ya escrito, a un matrimonio, a un patrimonio y a un papel social. El cuerpo de una joven noble, destinado a formar parte de una red de alianzas familiares, se convierte así en el primer espacio de su autodeterminación. El corte de cabello, la renuncia a los vestidos nobiliarios y la elección de un hábito pobre no son solo signos de penitencia, sino gestos mediante los cuales afirma públicamente su independencia.

Derecho a elegir

Con esta misma firmeza la primogénita de la noble casa de Favarone de los Offreducci se pone al lado del hijo del mercader **Pietro di Bernardone** para compartir hasta el fondo su estilo de vida, al menos en la medida en que lo permitían las normas eclesiásticas de la época. Y también más allá. Clara desafía incluso al papa **Gregorio IX** para conseguir que se reconozca a ella y a sus hermanas el privilegium paupertatis, es decir, el permiso para vivir, como único privilegio, la pobreza, permaneciendo fieles a la vocación original de ella y de Francisco. Es una batalla que también debe leerse por lo que es: la defensa de la autonomía de una comunidad de mujeres. Clara no pide sin más que se le autorice a vivir santamente. Reivindica el derecho a elegir y conservar una forma de vida fundada en la pobreza, sin que la institución eclesiástica pueda reconducirla a un modelo más controlable. La pobreza se convierte así también en una forma de libertad frente al poder, frente a la propiedad, a la dependencia económica y a las jerarquías que, a través de la posesión, establecen quién puede decidir y quién debe obedecer.

→

DONNE CHIESA MONDO
Suplemento mensual

Consejo de redacción
Ritanna Armeni
Gabriella Bottani
Yvonne Dohna Schlobitten
Chiara Giaccardi
Shahrzad Houshmand Zadeh
Amy-Jill Levine
Grazia Loparco
Marinella Perroni
Marta Rodríguez Díaz
Carola Susani
Rita Pinci (coordinadora)

En redacción
Silvia Guidi
Valeria Pendenza

Esta edición especial en castellano (traducción de Ángeles Conde) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

El franciscanismo femenino es también una historia de mujeres que construyeron espacios de independencia dentro de instituciones que concedían muy poca. De mujeres que hicieron de la comunidad una forma de resistencia. De mujeres que custodiaron una palabra espiritual, transformándola en práctica. La sororidad no es un elemento secundario, es una de las infraestructuras del franciscanismo. Lo confirma, sobre todo, la gran tradición de fe que originaron. Durante los últimos ocho siglos, miles y miles de hombres y mujeres de todos los continentes han decidido hacer de la memoria de Clara y Francisco una opción concreta y de su santidad un modelo deseable. La vida y la muerte de los dos santos de Asís han dado origen a esa familia franciscana que representa una de las corrientes espirituales más fecundas dentro de la tradición cristiana. Una "familia" muy compleja y articulada, rica en intuiciones y diferenciaciones que nunca han supuesto renunciar a reconocer en la pobreza una de sus señas de identidad.

Dentro de esta historia es necesario reconocer una presencia femenina que no puede considerarse simplemente complementaria a la masculina. Junto a Clara, sus hermanas y las compañeras de los orígenes, una larga genealogía de clarisas, místicas, escritoras y mujeres dedicadas al cuidado, ha custodiado y transformado a lo largo de los siglos la intuición franciscana.

La relación entre los dos fundadores e inspiradores de este movimiento evangélicamente revolucionario no puede relegarse, como señala el historiador francés **Jacques Dalarun** "a la esfera ideal de los amantes en el jardín de un Edén místico". No están, por tanto, "el pobrecillo de Asís" y su enamorada espiritual. Los "pobrecillos" son dos, porque en el corazón de la alianza entre Francisco y Clara no se encuentra únicamente una reciprocidad de estima y afecto, sino la voluntad de cada uno de los dos –y de ambos– de seguir a **Jesús** de manera total, gracias al vínculo indisoluble con "la hermana pobreza".

La fraternidad con esta última hace que su vínculo sea sólido, pero también especular. Lo que lo alimenta no es solo la misma tensión ideal o la misma exigencia moral, sino una relación con Dios hecha posible por el desprendimiento de los bienes y de uno mismo. Para Francisco y Clara, la pobreza no es solo una virtud ni un instrumento de ascesis: es una condición identitaria. Por eso es irrenunciable, no negociable, incluso frente a las peticiones o, sobre todo en el caso de Clara, a las



imposiciones eclesiásticas. Es precisamente en su resistencia a estas imposiciones donde su elección adquiere una dimensión "política": defender la pobreza significa defender la posibilidad de que una comunidad femenina no dependa de la riqueza ni del poder ajenos para existir.

Renuncia a la titularidad

Se ha observado con razón que una visión semejante de la pobreza responde a la lógica de la época y debe entenderse a la luz del derecho romano, según el cual los *filii familias* carecían de titularidad patrimonial. Podían utilizar los bienes de la familia, pero no poseerlos. Para Francisco, desde esta perspectiva, desprenderse de los bienes delante de su padre no significa solo renunciar a su uso: es una renuncia pública a la titularidad de aquello que le corresponde, la elección de la precariedad como condición de abandono confiado en Dios. Clara asiste al acontecimiento desde las ventanas de su palacio, que daba a San Rufino, donde tuvo lugar. Y realiza un gesto de valor análogo. La cabeza rapada que muestra a su tío **Monaldo** y a los primos que han acudido para atrapar de nuevo a la fugitiva, el sayal de campesina como vestido, se convierten en la señal de un viaje sin retorno: como penitente, queda sustraída a la jurisdicción de la familia para pasar a la de la Iglesia.

Tampoco para la familia fue fácil aceptar su opción por la pobreza, hasta el punto de que en numerosas ocasiones intentaron devolverla a la trayectoria más habitual de la clausura. Francisco y Clara leen el Evangelio *sine glossa*, es decir, exactamente como está escrito, sin interpretaciones ni adaptaciones. Un ejemplo que observar sin concesiones ni escapatorias. De ahí la confianza total en la bienaventuranza de los pobres, una invitación de lo más escandalosa en una época en la que el capitalismo comenzaba a tomar forma. No todos están llamados a elegir convertirse en franciscanos o clarisas, pero todos, también hoy, están llamados a dejarse interpelar por los dos "pobrecillos de Asís" para llegar a comprender qué significa, en la era de un capitalismo ya maduro, emprender el camino de la pobreza del Evangelio.

Y aquí la historia de Clara vuelve a hablarnos con especial fuerza. Su pobreza no es solo una renuncia a los bienes, sino



una concepción diferente del poder: la posibilidad de construir una comunidad en la que el valor no se mida por lo que se posee, en la que el cuidado de la otra y del otro se convierta en una forma de organizar la vida y en la que la vulnerabilidad, en lugar de ser una condición que haya que ocultar o explotar, pueda convertirse en un espacio de relación.

Su resistencia a la Curia, la defensa del *privilegium paupertatis* y la comunidad de las hermanas de San Damián cuentan, una forma de desobediencia femenina que también habla al presente. El Concilio Vaticano II lo intuyó y lo señaló como el camino que había que emprender para iniciar la renovación indispensable: la brújula de una misión eclesial en una época de desigualdades cada vez más intolerables y de profundas injusticias que desfiguran el sueño de Dios para la humanidad.

El deseo de **Juan XXIII** de una Iglesia "de todos y particularmente de los pobres" fue asumido por 39 padres conciliares que, reunidos el 16 de noviembre de 1965 en las Catacumbas de Domitila, suscribieron el llamado "Pacto de las Catacumbas". Un compromiso de caminar con y entre quienes carecen de recursos y de poder, mediante la renuncia a los privilegios para adoptar un estilo de vida sencillo y de servicio, como testimonio vivo de "una Iglesia pobre para los pobres". Hicieron falta generaciones para que algunas "visiones de futuro" comenzaran a imponerse. América Latina, todavía hoy la región más desigual del mundo, abrió camino con las históricas Conferencias de Medellín y Puebla.

Interpelados por el Concilio, y decididos a encarnarlo en un contexto de opresión y violencia, los obispos del continente eligieron mirar la realidad desde el punto de vista de los últimos, los marginados, los descartados. La "opción preferencial por los pobres" no nace de una ideología abstracta, sino de la contemplación de Cristo en los rostros de los crucificados de la historia.

Un retorno –como para Francisco y Clara– a la radicalidad evangélica, es decir, a la advertencia de Jesús: "Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero" (Mt 6,24). Poco a poco, esta conciencia se ha convertido en patrimonio común de toda la Iglesia, de su Magisterio y de su acción pastoral.

No es una casualidad, sino más bien una coincidencia sobre la que conviene reflexionar, que, en el momento en que **Jorge Mario Bergoglio** aceptó convertirse en el Pontífice número 266 de la historia de la Iglesia, precisamente un hijo de la familia franciscana, el cardenal brasileño y fraile menor **Cláudio Hummes**, le dijera: "Acuérdate de los pobres". Aquella frase, como él mismo contó en numerosas ocasiones, fue la inspiración que llevó al arzobispo de Buenos Aires a elegir el nombre de "**Francisco**", el primer Papa que lo hizo.

Dos huellas profundas

Una señal de que la elección de los dos santos de Asís ha dejado ya una huella permanente no solo en la historia de la espiritualidad, sino también en la de toda la comunidad eclesial. Pero si Francisco se ha convertido, con el tiempo, en el propio nombre de una Iglesia que quiere volver a los pobres, Clara puede ayudarnos a leer otra dimensión de esa misma revolución: la de la libertad de las mujeres, el cuidado, la comunidad y la resistencia al poder. Es una genealogía que atraviesa los ocho siglos siguientes y pasa por las clarisas, las místicas, las escritoras y las mujeres que han custodiado la memoria franciscana, traduciéndola en formas concretas de vida.

Fundamento, a lo largo de los siglos, del nacimiento de nuevas órdenes religiosas masculinas y femeninas, la pobreza es reconocida así en el sentido que los dos pobrecillos de Asís querían encarnar: no como testimonio de santidad individual ni como privilegio eclesiástico, sino como horizonte de una reforma capaz de hacer que la Iglesia sea cada vez más fiel al Evangelio. Pero quizá hoy, junto a la pregunta sobre qué significa una Iglesia pobre para los pobres, haya que añadir otra: ¿qué significa una Iglesia capaz de reconocer la libertad y la palabra de las mujeres que, a lo largo de los siglos, han custodiado y transformado su Evangelio?

Es una pregunta que Clara plantea con una fuerza intacta. No como figura subordinada a Francisco, sino como cofundadora de una experiencia espiritual que hizo de la pobreza una elección de libertad, de la comunidad una forma de resistencia y del cuidado una práctica capaz de cruzar los siglos. Es desde aquí desde donde el franciscanismo puede volver a ser, también hoy, no solo una historia de santidad, sino un taller de relaciones, libertad, cuidado y resistencia.

Clara, nunca domesticada

La santa desafió el poder para defender la pobreza y la independencia femenina

EMILIA PALLADINO

Es la mañana del 11 de agosto de 1253 en San Damián, donde **Clara** y sus hermanas han vivido durante 42 años. San Damián es precisamente la pequeña iglesia situada no lejos de Asís que san Francisco restauró en 1205, durante sus primeros pasos en la nueva vida que había elegido, obedeciendo las palabras del Crucificado, que entonces se encontraba allí mismo, en aquel lugar ruinoso y en decadencia que no era testimonio de glorias pasadas ni de esperanzas futuras. Y, sin embargo, se convirtió en el centro geográfico de la revolución de Clara y **Francisco**, que alcanzó a Asís y después, desde allí, a todo el mundo durante los ocho siglos siguientes.

Clara está tendida en la cama. Lleva casi 30 años enferma y son sus últimas horas de vida. A su alrededor están las hermanas de siempre, entre ellas **Filipa** y **Bienvenida**, y algunos hermanos franciscanos, entre los que destaca León. León tuvo una historia propia de seguimiento a Francisco: lo había acompañado durante los días de gritos, lágrimas y prodigios de La Verna y fue uno de los primeros en ver las heridas de los estigmas de su amigo y hermano, el 17 de septiembre de 1224. El día anterior, el 10 de agosto, el Papa **Inocencio IV** en persona había venido desde Perugia para visitar a Clara. Acababa de aprobar el 9 de agosto de 1253 la Regla o, mejor dicho, la Forma de vida de la Orden de las Hermanas Pobres de San Damián (hoy la Orden de las Clarisas). Clara sabe que está muriendo.

Testimonios

Los testimonios del proceso de canonización y la hagiografía de **Tomás de Celano** cuentan que la noche entre el 10 y el 11 de agosto fue una noche de prodigios: la propia Virgen, vestida de oro y luz, salió a su encuentro, junto a un séquito de vírgenes vestidas de blanco y con coronas de oro. Pero en esta explosión de poderosa religiosidad y de espiritualidad medieval y milagrosa, las fuentes cuentan también que a la mañana siguiente Clara pronuncia, como sucede a menudo, sus últimas palabras: "Ve segura en paz, alma mía, porque tienes una buena escolta en el viaje. Ve, porque Aquel que te creó también te ha santificado y, guardándote siempre como una madre ama a su hijo, te ha amado con tierno amor. Y tú, Señor, seas bendito porque me has creado".

Son palabras que atraviesan y que saben señalar algunas vías de profunda reflexión, personal y comunitaria. Entre las muchas posibles, señalo a continuación dos. La primera. Clara, al morir, se habla a sí misma, felizmente. Es como si se felicitara por su recorrido. Sabe que ha hecho, exigido y conseguido muchas cosas y sabe también que su arraigo en aquello que consideró justo durante toda su vida.

Y su rebelión contra un sistema eclesiástico, que habría querido contenerla y controlarla con todas sus fuerzas, podría haberla agotado, consumido y quizá incluso matado, si no en el cuerpo, sí en el espíritu. Y, sin embargo, no fue así. Clara sabe que lo ha conseguido y se dice, precisamente al final de su vida: "Ve segura en paz, alma mía".

Da gracias a Dios, pero también a sí misma. Utiliza el lenguaje de su tiempo; pero expresa su propia alegría y gratitud por haber vivido la vida que había deseado, no porque hubiera estado libre de esfuerzos, luchas, enfermedades interminables y, en algunos momentos, miedo y desaliento, sino porque había sido verdaderamente suya. En su vida, Clara siempre se reconoció a sí misma y nunca se perdió. Fue protagonista indiscutible de los acontecimientos que la involucraron, con pensamientos que expresar, sentimientos que experimentar y comprender y decisiones que tomar.

Pocas certezas, pero nítidas y fortalecidas como en una respiración: al inspirar, Clara las mantiene vivas y las construye, hasta el punto de que le devuelven por momentos la motivación gracias a la belleza de la que están alimentadas; y, al exhalar, esas mismas certezas la esculpen, la hacen madurar, la vuelven exigente y, en ocasiones, le restan fuerzas por la lucha que requieren. La existencia vivida como una espiral ascendente; la formación del propio yo, incesante e incansable, a lo largo de toda la vida.

Mujeres consagradas

¿Cuántas pueden presumir de un recorrido vital que les permita decirse a sí mismas, en el momento en que llega la muerte: "Ve segura en paz, alma mía… Y tú, Señor, seas bendito porque me has creado"? ¿Cuántas de nosotras, en cambio, todavía hoy y en cualquier lugar del mundo, viven vidas que no han elegido, sufren dolores que les son impuestos, no tienen fuerzas para luchar por aquello en lo que creen, ni por la liberación ni por la justicia, porque nadie les sostiene los brazos, como hicieron las hermanas de Clara cuando ella, muy debilitada, rezó contra el asalto de los mercenarios de **Federico II** a San Damián, en 1240?

Clara enseña un camino de conciencia de sí misma que no está ligado a la modernidad de los tiempos, sino a la conciencia de la propia dignidad como persona, como creyente, como portadora de una contribución única, irrepetible y necesaria. Para la Iglesia y para el mundo. Para todas y todos. La segunda vía. Clara conoce a Francisco a los 18 años, el Domingo de Ramos de 1212. Esa misma noche huirá de la rica casa paterna y ya no se separará del Santo de Asís. Es valiente, derriba muros físicos, morales y familiares. Cree



El cabello de Chiara

Las reliquias se conservan en un relicario con forma de cofre, diseñado especialmente para ello, en la cripta de la Basílica de Santa Clara en Asís.
*Existen opiniones contradictorias sobre quién le cortó el cabello. Según la historiadora **Chiara Frugoni**, la tarea fue realizada por todos los frailes, mientras que las hermanas sostuvieron siempre que fue obra de **Francisco**.*

en ello con fuerza; cree que aquel ideal del privilegio de la pobreza absoluta que Francisco va predicando por todas partes es la clave, es más, la única clave para la verdadera libertad, para seguir el verdadero amor evangélico.

En esto creerá durante toda su vida. Creerá en ello incluso cuando la Orden de los Frailes Menores de Francisco desvirtúe la intención original de su fundador, que permanecerá con unos pocos fieles. Clara y sus hermanas arraigadas en la idea inicial de Francisco, no dejarán nunca de luchar para que el privilegio de la pobreza absoluta forme parte de su condición de mujeres consagradas. Clara lo incorporará a la Regla y luchará durante toda su vida por conseguir su aprobación.

Hace ochocientos años, la consagración femenina solo podía adoptar una forma: la clausura monástica. Se consideraba conveniente que las mujeres consagradas tuvieran muy pocas obligaciones: callar, encerrarse, rezar. Por este motivo, la clausura imponía que las monjas aceptaran, para su sustento, donaciones y limosnas procedentes del exterior, que no podían rechazar ni regalar.



El hábito de Francisco

El hábito que vestía el 'Poverello' se conserva en la Sala Capitular de la Basílica Inferior de San Francisco de Asís. Desgastada y con numerosas reparaciones, la túnica presenta 31 remiendos. Según la investigadora suiza ***Mechthild Flury-Lemberg****, destacada experta en textiles antiguos, se cree que los parches marrones utilizados para arreglarla procedían del propio manto de* ***Clara****. No está claro cuándo realizó exactamente este gesto: es posible que remendara el hábito cuando Francisco aún vivía o que –tras la muerte de este– utilizara parte de su manto como último gesto de amor hacia su hermano en la fe.*

Las monjas no podían ser pobres. Clara dijo "no" precisamente a esta imposibilidad de ser pobres. El mismo "no" de Francisco, que nunca quiso nada para sí ni para sus frailes: quiso, de hecho, que no aceptaran, conservaran ni acumularan, sobre todo, bienes superfluos (entre ellos, en primer lugar, el dinero). Lo que recibían de aquellos a quienes beneficiaban o a raíz de su predicación debía bastar para ese momento y para esa ocasión; el resto debía compartirse con los pobres, entre pobres. Clara estableció que sus hermanas pudieran trabajar, predicar y procurarse su sustento precisamente para no tener que depender de las dádivas.

Emancipadas

Si para los frailes de Francisco estas podían considerarse casi extravagancias, para Clara y sus hermanas eran realmente revolución, desobediencia y libertad. Que las mujeres pudieran realizar una obra de piedad y recibir una compensación (no en dinero, sino en alimentos o bienes de primera necesidad) suponía emanciparse concretamente del poder que otros habrían ejercido sin duda sobre ellas, pretendiendo decidir quiénes debían ser y qué debían hacer, sin tener en cuenta su presencia, sus palabras, sus decisiones. También significaba que nadie podría "comprarlas" para pedirles algo que ellas no hubieran querido.

El privilegio de la pobreza absoluta representa el comienzo de un movimiento y de un proyecto destinados a igualar las condiciones entre los dos sexos, a no aceptar formas de dominación ni una antigua –pero siempre actual– forma de mansplaining. No poseer nada, además de corresponder más al ideal evangélico trazado por Francisco, coincidía entonces con no tener amos.

Santa Clara dedicó toda su vida a defender el privilegio de la pobreza absoluta, para que sus hermanas nunca tuvieran que obedecer a nadie más que a Jesús y a la Regla. Con una fuerza y una tenacidad tales asombrosas, irritaron, alejaron y fascinaron a los papas y cardenales de su tiempo, a los que no dejaron más remedio que aprobar la Regla.

El 11 de agosto de 1253, al morir, Clara, nunca doblegada, anima a su alma diciéndose que la "buena escolta en el viaje" al paraíso está preparada. Había vencido su buena batalla, manteniendo la fe y asegurando también la libertad y la autonomía a todas las mujeres que la encontrarían y seguirían a partir de entonces.



La revolución de las hermanas

FEDERICA RE DAVID

Así se forjó la primera comunidad autónoma del Medievo

Es una noche de marzo de 1211. Después de haber estado en la iglesia en Domingo de Ramos, vestida por última vez como una joven de su rango, **Clara**, de 18 años, sale a escondidas de su casa nobiliaria de Asís. Avanzando furtivamente junto a los muros, se encuentra con una amiga, **Pacífica de Guelfuccio**, que también está huyendo de una familia acomodada. Atraviesan las puertas de la ciudad aprovechando la distracción de los guardias y se adentran entre los campos y los bosques hasta llegar a la pequeña iglesia de la Porciúncula. Allí las espera **Francisco**, que las consagra a Dios cortándoles el largo cabello e imponiéndoles el velo. Ese día Clara y Francisco fundan la Segunda Orden Franciscana, la que solo después de la muerte de la Santa de Asís recibirá el nombre de clarisas. Es la primera comunidad femenina autónoma dirigida por una mujer, la primera en la que la Regla será escrita por una mujer. Clara y Pacífica son el primer núcleo inseparable de la comunidad. Pacífica permanecerá siempre junto a Clara, la asistirá día y noche durante los 27 años de su enfermedad, será testigo de sus milagros y custodiará sus secretos más íntimos.

Son amigas desde niñas y, antes de la huida, fue **Bona**, la hermana de Pacífica, quien acompañó a Clara a los encuentros secretos con Francisco y llevó a los pobres la comida que su amiga sustraía de su propio plato. Los primeros tiempos son difíciles porque dos mujeres no pueden permitirse vivir entre los frailes, y se ven obligadas a refugiarse en el convento benedictino de San Pablo de las Abadesas. La elección de Clara es: de aquellas monjas ricas no será una compañera, sino una sierva.

Francisco organiza otros traslados: primero a la ermita de Sant'Angelo in Panzo y después al pobrísimo convento de San Damián. Allí, entre los olivos a las puertas de Asís, los frailes han preparado unos humildes espacios para acoger a Clara y a sus hermanas: el dormitorio, una única habitación con esteras y jergones arrojados al suelo, un pequeño oratorio y un refectorio con arcos de crucería. La primera en llegar es la hermana menor de Clara. Tiene 15 años, se llama **Catalina**, pero en el convento deciden que será **Inés**, en referencia a la figura del cordero sacrificial y a la mártir cristiana del mismo nombre.

La nueva Inés es poco más que una niña y su elección le ha costado caro: la familia también intentó disuadirla mediante amenazas y golpes. Pero su vínculo con Clara es muy fuerte. Estará marcado por una despedida desgarradora cuando Inés obedezca a su hermana y vaya a Florencia a fundar el convento de Monticelli. Vivirá de pan y agua, llevando el cilicio, hasta su muerte, en 1253, en San Damián, tres meses después de haber visto morir a Clara. **Benedicto XIV** la declarará santa en 1751. La fuerza de atracción de Clara, de su ejemplo revolucionario, de su ideal de pobreza radical, es tan grande que las demás mujeres de la familia no pueden hacer otra cosa que seguirla. Y todas llegarán a ser beatas.

Las mujeres de la familia

A la muerte de su padre, la hermana menor, **Beatriz**, se convierte en heredera del patrimonio familiar. A los 18 años, sus parientes le proponen un matrimonio aristocrático, pero ella distribuye todos sus bienes entre los pobres y se reúne con sus hermanas en San Damián. Un Domingo de Ramos, la madre, **Ortolana**, se une a sus hijas. Mujer muy religiosa, había participado en peregrinaciones a Roma, a Santiago de Compostela, a San Miguel del Gargano y también a Tierra Santa, incluso antes que San Francisco. En el convento, la madre se ocupa del huerto. "Ortolana de nombre y de hecho", le dice Clara, que la recibe murmurando: "Bendita la que viene en el nombre del Señor".

En 1213 le toca el turno a **Amata de Corano**, hija de una prima de Clara. Destinada a casarse con un noble de Asís y orgullosa de su belleza, lleva una vida mundana. Pero un día, mientras visita a su tía, queda iluminada por la humildad y la serenidad que impregnan el monasterio: renuncia al matrimonio y toma el hábito. Su hermana menor, **Balbina**, se reúne con ella en San Damián. A las puertas del convento llaman otras jóvenes que quieren escapar de vidas acomodadas y matrimonios concertados. Sus nombres pueden leerse en el coro, junto a los de la compañera de huida y las familiares de Clara: **Cristina**, **Consolata**, **Cecilia**… todas impacientes por abrazar ese nuevo estilo de vida radical y socialmente inaceptable. Clara y sus compañeras han roto con el modelo monástico femenino de la época en los que las monjas se mantienen con las rentas familiares. Ellas se encomiendan a la Providencia. Viven de limosnas y del trabajo manual: hilado, tejido, confección de ornamentos sagrados y cuidado del huerto. Duermen sobre esteras en el suelo. Sin distinción de clase social, se turnan en los servicios domésticos más humildes y garantizan una asistencia continua a las hermanas enfermas.

Llegarán a ser 50, muy apretadas en aquel pequeño convento. Clara se niega a imponer a las hermanas la clausura que rige en los monasterios femeninos.**Bienvenida de Perugia** es una de las primeras en llegar a San Damián. Ambas eran niñas y tenían una compañera de juegos, **Filipa de Leonardo de Gislerio**. Años después, Filipa se reúne con ellas. **Francesca** llega a tiempo para asistir a otro milagro: un viernes de septiembre de 1240, junto con sor Illuminada, sostiene a Clara mientras, débil y enferma, expulsa a los sarracenos del claustro mostrándoles el ostensorio.



Iglesia de San Damián en Asís



La vocación de Paola, capuchina y arquitecta

El monasterio como proyecto de vida

PAOLA MARIA VELOTTO

Ingresé en el monasterio capuchino de Nápoles el 8 de octubre de 2013, tras celebrar la solemnidad de San **Francisco** con mi fraternidad de la Juventud franciscana en mi parroquia, a las afueras de Nápoles. Mi juventud estuvo marcada por una pregunta, la misma que San Francisco se hizo al principio de su camino con el Señor: "¿Qué quieres que haga?". Eso impulsó mi deseo de emprender cosas bellas y proyectos compartidos. Yo soñaba con ser arquitecto y formar una familia, y, "en mi tiempo libre", seguir cultivando la relación con el Señor. Había experimentado su amor, me había sentido llamada por mi nombre en varias ocasiones y pensé que esto sería suficiente para afrontar los acontecimientos de la vida con mayor determinación y confianza.

Llegó un momento en que comprendí con claridad que el Señor no me pedía solo una parte, sino la totalidad del tiempo. Empecé un camino de discernimiento que, después de un año, me llevó a cruzar el umbral del monasterio y experimentar la vida "desde este lado del mundo", en completa entrega.

Hace trece años, elegir el silencio se convirtió en una necesidad. Dondequiera que hubiera tanto ruido y tantas voces, sentía la necesidad de bajar el volumen para no distraerme, con la única intención de escuchar Su voz. Vivo en un monasterio donde siento con fuerza la vibración de la ciudad que me rodea: a veces son los ecos que vienen de calles cercanas o más lejanas, a veces los aviones que despegan no muy lejos del centro o a veces las voces de los vecinos.

Vivir en silencio

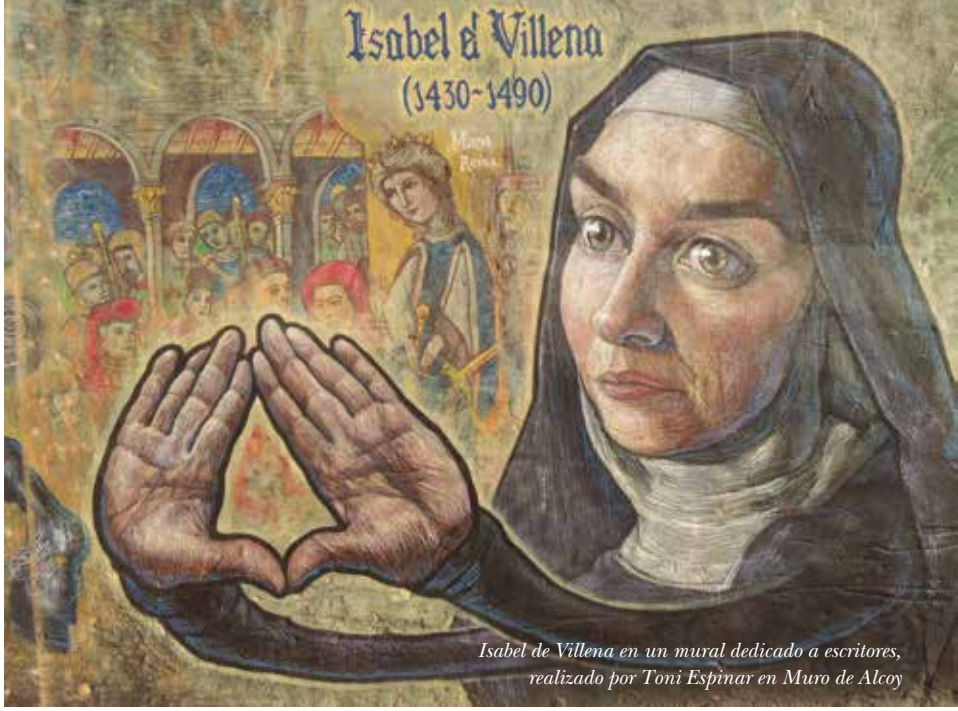
Sin embargo, todo este ruido de fondo no me impide vivir envuelta en silencio, un silencio que no es solo físico, sino un estado de escucha constante comparable a un espacio habitable donde no estoy sola y donde el encuentro con Cristo se hace carne en la Palabra, en los sacramentos y, por último, pero no menos importante, en las hermanas que me han sido dadas. Vivir en silencio en el centro histórico de una ciudad como Nápoles me remonta a diario al principio de una oración que se convierte en súplica y alabanza también por los demás.

A menudo me preguntan qué libertad hay en el claustro. Pertenezco a una generación educada en la escuela de la vida contemplativa: mi forma de vida, inspirada por la Beata María Lorenza Longo, no se define por el lugar donde vivo, sino por mi estilo de vida, orientado a una búsqueda constante de Dios junto con mis hermanas.

La palabra "clausura" no forma parte de mi vocabulario. Jamás me he sentido "encerrada entre cuatro paredes", porque estas piedras son un descubrimiento constante, un continuo "jardín secreto" que revela sus tesoros día tras día, estación tras estación, capturando la belleza que es un fragmento de Su presencia en mi vida y en la de quienes me rodean.

El monasterio no ha eliminado mis sueños. Durante mis años de vida monástica completé mis estudios de Arquitectura. Terminar ese camino me hizo comprender que la vocación no nos exige renunciar a quienes somos ni a los dones que hemos recibido, sino dar a cada cosa su lugar. Hoy, a mis cuarenta años, mirando hacia atrás en el camino recorrido, puedo decir que la mayor libertad es descubrir que la propia historia, con sus deseos y expectativas, puede cifrarse en una forma nueva sin perder su autenticidad.

El significado de la pobreza en la era digital también suele despertar curiosidad. Al entrar en el convento, la Madre me pidió que la ayudara a crear un perfil de Facebook. La petición me sorprendió bastante, sobre todo porque hacía poco que había cerrado el mío. Con el tiempo, he llegado a comprender lo hermoso e importante que es no quedarse atrás en una sociedad que avanza a una velocidad vertiginosa. Intentar seguir el ritmo, sin prisas, es en muchos sentidos una elección de pobreza. He aprendido, junto con las hermanas, a usar las herramientas digitales de una forma completamente nueva, sin perder la humanidad que hay detrás de un mensaje, que a menudo es una petición de oración. La pobreza en nuestros días consiste en aceptar, incluso a través de las herramientas digitales, lo que permanece oculto hasta que llega a nuestra puerta, donde tantos siguen llamando.



Isabel de Villena en un mural dedicado a escritores, realizado por Toni Espinar en Muro de Alcoy

Isabel, la clarisa osada

En el siglo XV, De Villena reescribió el Evangelio en femenino

GEMA PAJARES

Que en pleno siglo XXI una monja publique un libro sobre las mujeres más cercanas a **Jesucristo** poco tendría de sorprendente, aunque seguro que arrancaría algún titular. Sin embargo, que una religiosa lo hiciera en plena Edad Media, finales del siglo XV, no fue un hecho baladí. La artífice fue sor **Isabel de Villena**, que nació en Valencia en 1430 bajo el nombre de **Elionor Manuel de Villena**, hija de madre desconocida y huérfana de padre a los cuatro años: don **Enrique de Villena**, un ilustre y controvertido aristócrata conocido por sus tratados de astronomía, medicina y teología, a quien la mitología popular llegó a apodar *El Nigromante*. La futura abadesa y escritora que creció en un entorno palaciego marcado por la alta nobleza y la agitación intelectual. ¿Palaciego? Así es porque ante la situación de desamparo de la niña, su destino quedó ligado a la Corona al ser acogida en el Palacio Real de Valencia por la reina **María de Castilla**, esposa de **Alfonso V el Magnánimo**.

Volvamos la vista atrás unos cuantos siglos. La corte valenciana de la época no era solo un centro de poder político, sino también un hervidero cultural humanista, permeable y abierto a las corrientes mediterráneas más vanguardistas, aunque estuviéramos en plena Edad Media. Bajo la tutela directa de la reina, Elionor recibió una educación excepcional, un privilegio reservado a muy pocas mujeres de su tiempo. Ya tenemos los mimbres iniciales que ahormarán a la futura monja intelectual, una mujer con conocimientos, cimientos y una altura intelectual que estaba al nivel de algunos hombres. En los salones de palacio asimiló, no solo una sólida formación, sino un dominio del protocolo, la jerarquía y las precedencias cortesanas.

A la edad de quince años, en 1445, tomó una decisión que cambiaría su vida: ingresó voluntariamente en el Monasterio de la Santísima Trinidad de Valencia, una fundación de la propia reina María para las monjas clarisas franciscanas. Al profesar, abandonó su nombre secular y adoptó el de Isabel. En aquel recinto de clausura, gracias a su innegable altura intelectual y su capacidad de gestión, fue nombrada abadesa en 1463, cargo que ejerció hasta su fallecimiento en julio de 1490 debido a una epidemia de peste que asoló la ciudad. Tenía sesenta años.

Con una preparación intelectual semejante es de suponer que la religiosa tuviera inquietudes literarias, como así fue. Poseedora de una cuidada y selecta biblioteca escribió la que se considera su obra cumbre, aunque póstuma. Obra cumbre, sí, pero no única, aunque es la única que nos ha llegado. Se trata de *Vita Christi"*, escrita en valenciano, es un texto con base en el dogma trinitario, que comparte título y temática con los tratados de meditación de la Baja Edad Media destinados a guiar a los creyentes en la contemplación de la experiencia de **Jesús**. La propuesta de Sor Isabel supuso una revolución narrativa y conceptual sin precedentes dentro de la literatura espiritual de su época y que hoy podríamos calificar de protofeminista, entendida como la formulación de ideas precursoras de la igualdad y la reivindicación de los derechos de las mujeres siglos antes del surgimiento del movimiento feminista, extremo sobre el que existe una abundante bibliografía.

Protofeminista

La religiosa se adelantó a su tiempo de una manera clara al apostar y dar voz en su obra a las mujeres que más cerca estuvieron de Jesucristo, que lo rodearon, lo apoyaron y presenciaron sus milagros. Mujeres como la Virgen **María**, **María Magdalena**, **Marta** y María, hermanas de **Lázaro**, la cananea, Santa **Ana** o la samaritana dejan de ser meras espectadoras pasivas para convertirse en las verdaderas protagonistas y motor de la historia sagrada. Es decir que reescribió el Evangelio en clave femenina.

A través de una prosa bella y costumbrista, Isabel de Villena humaniza las escenas sagradas. Aplica su bagaje cortesano, del que se empapó durante los años de vida en palacio, donde fue educada como si de una princesa se tratara, para describir los banquetes celestiales, los ropajes y el protocolo de los ángeles, haciendo que el misterio divino resultara accesible al pueblo. El verdadero hito histórico de Isabel de Villena radica en la firmeza con la que ejerció una defensa activa de la dignidad femenina en un entorno hostil en el que la mujer era personaje de segunda, se limitaba al hogar, la procreación y la educación de los hijos.

El siglo XV en la Corona de Aragón estuvo marcado por una corriente de misoginia literaria muy virulenta del que la publicación del *Espill* (**El Espejo**) o *Llibre de les dones*, es su ejemplo más claro, una obra satírica del médico valenciano **Jaume Roig** que retrataba a las mujeres como seres intrínsecamente perversos, ruines, pecaminosos y carentes de moral. El protagonista, un hombre afligido y víctima de las féminas y desde una óptica que destila humor, trata con verdadero desprecio a estas. La religiosa, sabedora de su influencia, optó por no guardar silencio y empuñar la pluma para, dicen, responder a las afrentas de Roig. El arma de sor Isabel de Villena no mataba ni hería de muerte, pero quedaba impresa para las generaciones venideras: era la palabra. Y hasta nuestros días ha llegado. Afortunadamente.

Inés, la elección de una princesa

La hija del rey de Bohemia renunció a reinos y desposorios imperiales para ser monja

LAURA EDUATI

Desde las alturas de una sangre nobilísima, **Inés de Bohemia** elige el privilegio franciscano de la pobreza cuando, apenas con catorce años, conoce a los frailes de Asís llegados a Praga para difundir la palabra de **Francisco**. Es 1225. La princesa Inés, hija del rey **Otakar I de Bohemia**, está prometida en matrimonio al hijo del emperador **Federico II de Suabia**. Mientras espera alcanzar una mayor madurez para la boda, sus padres la animan a recibir una educación religiosa que dará unos frutos inesperados.

Inés queda cautivada por el relato de los frailes menores sobre la vida de Francisco y por la extraordinaria devoción de una mujer llamada **Clara** que ha fundado un movimiento femenino franciscano, las clarisas. Su joven corazón siente que ese es su camino y el destino parece estar de su parte. **Enrique VII** informa a Otakar I de que ya no tiene intención de casarse con su hija Inés, pues ha elegido a otra esposa. Sin embargo, llega la propuesta de otro soberano, **Enrique III**, quien en tierras inglesas ha permitido el nacimiento del primer Parlamento. Inés podría tenerlo todo y sorprende a las cortes europeas cuando revela que su único deseo es consagrarse por entero a Dios.

Su padre y su madre no conseguirán hacerla desistir ni siquiera cuando podría convertirse en emperatriz casándose con el propio Federico II. Incluso antes de comenzar el intercambio epistolar con santa Clara, Inés demuestra haber hecho suyo uno de los principios más revolucionarios de la Regla de las clarisas: el deber de seguir la propia conciencia: "Y si alguien te dice o te sugiere otras iniciativas que impidan el camino de perfección que has abrazado o que te parezcan contrarias a la divina vocación, aunque le trates con todo respeto, no sigas su consejo, sino aférrate, virgen pobrecilla, a Cristo pobre", le escribe la futura santa de Asís desde el convento de San Damián.

La princesa bohemia ha atesorado una larga educación religiosa que comenzó a los tres años, bajo la tutela de su tía abuela **Eduviges de Andechs**, abadesa del monasterio cisterciense de Trzebnica, declarada santa cuarenta años después por el papa **Clemente VII**. Santa Eduviges muestra a su sobrina la vida que dedica a los pobres después de enviudar y la fortaleza ante el dolor por la pérdida de seis de los siete hijos que tuvo antes de tomar el velo.

Inés observa a su tía Eduviges, pero su luz es Clara, a quien nunca llegará a conocer. Las dos mujeres alimentan a distancia una estima mística. Inés ve en la monja de Asís a una madre a la que venerar; santa Clara la llama "hija bendita" y, ante la que ya es una antigua princesa, se declara "inútil sierva", gloriosamente deslumbrada por la renuncia a los honores y las riquezas: "Tú, considerando cosa vil la grandeza de un reino terrenal y rechazando la oferta de un matrimonio imperial, por amor de la santísima pobreza".

Invierte su riqueza

Debido a sus inmensas riquezas dinásticas, pero también por cuestiones estratégicas, Inés no realiza inmediatamente el gesto más franciscano de todos. No renuncia a sus bienes, sino que los utiliza con inteligencia para construir en 1232, en Praga, un hospital dedicado a San Francisco que pueda acoger a pobres y enfermos, así como la Orden de los Crucíferos de la Cruz Roja. Dos años más tarde erige el monasterio de San Francisco para las Hermanas Pobres o damianitas, donde entra el 11 de junio de 1234 para vestir el hábito monástico. Desde ese día, su elección radical de fe queda cumplida. En el monasterio, la ya abadesa Inés abandona sus bienes, renuncia a la propiedad del hospital de San Francisco y abraza la pobreza desnuda, sostenida por las palabras de Clara, que en un pasaje célebre explica a Inés la teoría del espejo. El espejo "sin mancha" es Jesucristo, modelo de "santa pobreza, santa humildad e inefable caridad" que no basta con contemplar, sino que hay que esforzarse por encarnar. "Mira cada día este espejo, oh reina, esposa de Jesucristo, y contempla continuamente en él su rostro, para que puedas así adornarte por dentro y por fuera (...), engalanada con las flores y los vestidos de todas las virtudes".

Las cartas que se han conservado son solo cuatro, ninguna de ellas escrita por Inés. Y entre líneas es posible leer aquello que preocupaba a la monja bohemia, como la regla de los ayunos, que para las clarisas debe cumplirse diariamente, pero exceptuando a las hermanas delicadas de salud. Clara, por primera vez en la historia de la Iglesia, compara a Inés con los apóstoles de Cristo a los que san **Pablo** había rebautizado como "colaboradores": "Te considero colaboradora del mismo Dios, aquella que sostiene los miembros de su cuerpo inefable". Siete siglos más tarde, durante la canonización de Inés, el 12 de noviembre de 1989, el Papa **Juan Pablo II** recuerda que San **Pedro**, inspira toda la obra de la princesa bohemia: "Sed hospitalarios unos con otros, sin murmurar".



Santa Inés de Bohemia atendiendo a los enfermos



Donde habita el

Las clarisas de Foligno encarnan la pobreza y la unidad

A las 5:30 de la mañana, suena el despertador. La encargada de la cocina tiene la tarea de hacer sonar la primera campana del día para las veintisiete hermanas que aún descansan. Sus edades oscilan entre los 94 y los 36 años y hay una aspirante de 26 años. Todas son italianas, excepto una boliviana y una rumana. En las celdas –de paredes blancas, con un lavabo, un escritorio, un pequeño armario y una cama– se preparan para la meditación personal. Algunas permanecen en sus habitaciones para rezar, otras prefieren dirigirse al coro, a la capilla o pasear por el espacioso claustro, contemplando las imágenes del Vía Crucis pintadas al fresco. A las 6:55 de la mañana, la campana llama a la comunidad a la celebración de Laudes, el tiempo de oración que precede a la misa de las 7:30. Algunos fieles se sientan las acompañan en la iglesia. Son hombres y mujeres que, antes de comenzar su jornada laboral, se toman un respiro con las Hermanas Clarisas de Santa Lucía de Foligno.

Nos encontramos en la provincia de Perugia, ciudad que ocupa un lugar central en la vida humana y espiritual de San Francisco. Fue aquí, en 1205, donde el santo vendió su caballo y las valiosas telas que había sacado del almacén de su padre para recaudar fondos para la restauración de la iglesia de San Damián, siguiendo la invitación recibida del Crucifijo. Fue uno de los primeros gestos concretos de su abnegación, el camino de renuncia a los bienes terrenales que marcaría su conversión. Aquí se fundó la primera casa franciscana. En 1213, el santo aceptó una pequeña casa cerca de la actual iglesia de San Francisco, donde se construyó el primer hospicio franciscano.

Clausura clarisa

Fundado en 1424, el monasterio de Santa Lucía es el primero vinculado a la Observancia Franciscana en el centro de Italia. Se alza en el corazón de la ciudad como un espacio de silencio fiel al estilo de la clasura clarisa. “Mientras que los monasterios benedictinos estaban aislados, también para enfatizar la dimensión de *fuga mundi*, Clara quiso mantener la clausura, es decir, la separación material, pero en contacto y diálogo con la ciudad”, explica la hermana **Angela Emmanuela Scandella**, de 66 años, quien ha vivido en este monasterio durante 44. Llegó de Brescia, con el nombre de bautismo de **Emilia**, con una licenciatura en Letras Clásicas a punto de defender en la Universidad Católica de Milán.

En el locutorio, una reja de hierro divide la estancia en dos, de acuerdo con la regla de la clausura, que exige una separación claramente visible. Se sirve té helado y pastas caseras a través de un torno. En un rincón, una vitrina exhibe los productos de las monjas: mermeladas, galletas y pequeñas artesanías. En el siglo XIII, **Clara** y sus hermanas vivían en un pequeño monasterio para unas cincuenta mujeres en San Damiano, a 15 kilómetros de aquí, un monasterio que ahora custodiado por los Frailes Menores. Esta concepción del espacio difiere de la de siglos posteriores. En Santa Lucía, hay un gran claustro alrededor del cual se ubican todas las áreas comunes como el coro en forma de herradura.

“Hay continuidad, porque la comunidad reunida es el sacramento de la presencia del Señor. Así como está la mesa de la Eucaristía, está la mesa donde se parte el pan”. Este es el significado de la procesión que las monjas realizan cada vez que pasan del coro al refectorio, cantando o recitando un salmo. “Compartir una comida en acción de gracias es también un gesto litúrgico”. El día transcurre según un ritmo preciso, marcado por el tañido de la campana que indica los momentos de oración, trabajo y descanso. Cuando observo que, para conceder esta entrevista, tuvo que sacrificar dos momentos de su rutina diaria, la hermana responde que “la vida en un monasterio tiene su estabilidad y, al mismo tiempo, su flexibilidad. Esto es lo que la hace humanamente bella y armoniosa. Creo que es muy importante preservar ambas dimensiones. Es algo que requiere una constante reflexión”.

“Hoy mi servicio consiste en estar aquí con la mente y el corazón. Es lo que da sentido a la vida. Un monasterio es un lugar consagrado a la interioridad”. En esto, dice la hermana Ángela, hay un mensaje. “Nuestra forma de vida contemplativa en clausura tiene un poderoso mensaje que transmitir hoy. La dimensión del retiro y la capacidad de suspender nuestras actividades cuando la campana que nos llama a





Algunos momentos de la jornada en el monasterio de Santa Lucía en Foligno, donde viven 20 hermanas

nosotros

VITTORIA PRISCIANDARO

la oración, nos recuerdan que la obra de Dios es lo primero. No es la campana la que interrumpe el trabajo, es la oración la que armoniza los distintos momentos y ocupaciones. Es la relación con Dios la que nos unifica y la que nos permite habitar el tiempo y cada momento como un lugar de encuentro con Dios. De aquí surge este sentimiento de paz y este anhelo de unidad de vida que espero que se puedan sentir siempre al cruzar el umbral de un monasterio".

Contacto con las monjas

Esto es lo que impulsa a muchos a buscar contacto con las monjas: correos electrónicos, llamadas telefónicas, entrevistas presenciales y visitas de grupo. "Es constante, todos los días y a todas horas. Incluso en los momentos de silencio, llegan mensajes con las situaciones más diversas: familias en dificultad, enfermedades, situaciones muy difíciles que se encomiendan a nuestra intercesión. Paradójicamente, esta reja, que a veces se cuestiona o parece un signo de un pasado incomprensible, en realidad crea comunión, no distancia. Se convierte en un espacio de confianza, donde se comparten cosas que jamás se compartirían con otros".



Santa Lucía, su festividad, la celebración de la fundación del monasterio el 22 de julio y las ofrendas votivas que rodean la imagen de la santa demuestran que este lugar es un verdadero punto de referencia para la ciudad de Foligno y para quienes han conocido a las monjas. Otra sala, con capacidad para más de cincuenta personas, es el espacio donde se recibe a los grupos que solicitan retiros y encuentros con las hermanas. Aquí también hay una reja. "En Umbría, los monasterios observan la clausura papal. Ahora, hay nuevos documentos permiten también otras formas de clausura; en particular, para nuestra orden, existe la opción de optar por el claustro constitucional, es decir, definido por las constituciones que un monasterio puede adoptar".

Como todos los monasterios, las monjas clarianas son sui iuris. "La autonomía de derecho que nos reconoce la Iglesia y nuestros documentos se debe corresponder cada vez más con una autonomía de facto: una capacidad de gobierno, formación, contacto con la comunidad eclesial local y la posibilidad de apoyo financiero". Santa Lucía forma parte de la Federación de Santa Clara y Santa **Inés de Asís**, que la hermana Ángela Emmanuela dirigió durante doce años. En lugar de responder a un criterio geográfico como en el pasado, las Federaciones ahora se conforman en función de ciertas afinidades. "Por ejemplo, tener una estructura común o elegir ciertas formas externas, como una reja en lugar de una simple balaustrada como signo de separación".

Pero ¿cuál es el elemento unificador del carisma? ¿Qué hace hermanas a las Clarisas de Foligno y a las del resto del mundo? "Salvaguardar, en un diálogo fructífero con el presente, los valores esenciales de nuestra forma de vida: una vida según el Evangelio. Esta es la idea que Clara, de manera contemplativa y no apostólica, recibió de Francisco, aprovechando también las experiencias espirituales que florecían en aquel entonces".

Dos dimensiones unen a todos los monasterios de las clarisas: la pobreza suprema y la santa unidad. Son aspectos que a menudo se describen como distintos, pero que la hermana Ángela prefiere ver como "inseparables". "Porque la pobreza nos enseña la santa unidad, es decir, la comunión. Y este es el reflejo aquí abajo del misterio de la vida de Dios, un misterio de pobreza y comunión. Separada de la comunión fraterna, la pobreza se convierte en ideología", concluye.



“Mi vocación nace de una rebelión”

La sacramentina Lorena Bonardi reivindica la vida orante

SIMONETTA SCIANDIVASCI

A la entrada de la casa de espiritualidad en la que vive junto a sus hermanas, en Pietralata, Roma, la hermana **Lorena Bonardi** muestra con entusiasmo “lo que somos nosotras en el mundo”. Cuando lo dice, toca las palomas que vuelan alrededor de la Eucaristía. Debajo de ellas, la tierra, el mundo. Es el escudo de las hermanas sacramentinas. Dedican al menos una hora al día a la adoración del Santísimo Sacramento: se dividen en turnos precisos, para que nunca quede sin adoración. “Quiero a mis adoradoras las 24 horas del día”, decía **Geltrude Comensoli**, que fundó en 1882 el instituto de las Sacramentinas de Bérgamo.

Son las veladoras de la Eucaristía. Desde que existen, en cualquier momento, pase lo que pase, siempre hay alguna de ellas que ante un altar, delante de un sagrario, la contempla. La adora. Cualquier acontecimiento de nuestra Historia o vida ha sucedido mientras alguna de ellas velaba el pan y el vino que la fe transforma en el cuerpo y la sangre de Cristo. Una simultaneidad devota, consoladora y bellísima.

Las descubrí en Nápoles, en la iglesia de San Giuseppe dei Ruffi. Entré y vi que, sobre el altar cerrado por una reja, de espaldas a la nave, había una monja con una túnica blanca, un escapulario rojo y un velo negro. De pie. Las manos abiertas, dirigidas hacia el cielo. Inmóvil.

Observé a la monja: estaba inmóvil como los guardias que custodian al soldado desconocido. Me quedé 15 minutos y ni un paso, ni un movimiento, nada. Confieso, con vergüenza, que la llamé: “¿Hermana?”. Ni un parpadeo. Me convencí de que era falsa, un muñeco para los turistas, para hacer más “inmersiva” la visita a la iglesia. Me dije: al fin y al cabo, estoy en Nápoles, donde nada es más verdadero que la ficción. Luego vi que detrás de lo que yo creía que era un maniquí había un ventilador, así que me quedé otros diez minutos por si se movía. De nuevo, nada. Me fui, caminé 200 metros, pero sentí la necesidad de volver y lo hice.

Ella seguía allí, pero se había movido, se había arrodillado. Lloré. Y me compadecí de mi incredulidad laica, de creyente mediocre. Después me informé: era una de las Adoratrices perpetuas del Santísimo Sacramento, monjas de clausura que viven en el monasterio del que forma parte la iglesia. Es un instituto distinto del de la hermana Lorena, de las sacramentinas de Bérgamo, bresciana, de 57 años, 40 de los cuales al servicio de Dios y en su presencia.

Una de las personas más felices y entusiastas que he conocido. Me explicó que una monja sacramentina está en adoración cuando se aleja del altar y sale al mundo. Haga lo que haga, suceda lo que suceda o le suceda lo que le suceda. “Nuestra fundadora no quería decir que debiéramos pasar todos los días y las noches delante de la Eucaristía, sino que debiéramos tener una actitud de adoración perpetua”.

Hermana ¿qué es tener una actitud adorante?

Significa que la adoración no se agota en la contemplación del Santísimo Sacramento, que es la fuente de la que extraemos la fuerza para ir y estar en el mundo con la misma intensidad y devoción con la que estamos ante su presencia.

Y “adorante”, ¿qué significa?

Para los griegos significaba besar, transmitir el aliento y la vida. En latín, remitía a la sumisión. Para explicar la adoración a los jóvenes, **Benedicto XVI** unió ambas cosas y describió lo que hacemos nosotros ante el Santísimo Sacramento: respiramos los sentimientos que animaron a la Última Cena, hacemos nuestro lo que Él es, la Eucaristía, que no es otra cosa que amor absoluto, sacrificio entregado, cercanía y proximidad. Nos sometemos al amor y nos convertimos en amor como Cristo. Extraemos así la fuerza que necesitamos para ir al mundo y entregarnos al prójimo.

Durante la adoración, ¿os podéis mover?

Podemos, pero es imposible. No hay tiempo ni forma de hacerlo.

¿La inmovilidad no es, por tanto, una norma?

Claro que no. Una se siente arrebatada por la presencia y la cercanía de Cristo, y todo se concentra ahí. Es como si Él te dijera: “Yo estoy aquí, ¿tú dónde estás?”. Él está ahí para mí y yo lo siento; nos convertimos en una sola cosa y no hay nada de intimista: yo me entrego a Él y Él me envía al mundo, entre los hermanos, cargada de su presencia.

¿Cuándo ingresó en el convento?

A los 17 años. Mi vocación nace de una rebelión, porque mi familia era muy cre-

yente y la fe me fue transmitida de una manera devocional. Yo quería experimentar primero esa fe para llegar a adherirme a la fe que ellos me testimoniaban, así que dejé de ir a misa. Después, al frecuentar la iglesia, comprendí que allí había un amor más grande y yo quería tenerlo. Quería el más grande. Y la libertad más grande.

¿Cómo puede ser libre si hace votos de caridad, castidad, pobreza y obediencia?

Los votos no quitan, añaden. La obediencia te hace libre de la rebelión porque ya no eres esclava de tus puntos de vista. La castidad te hace plena. De lo contrario, no habría podido hacerme monja porque yo siempre me he sentido mujer; amputar las facultades que me vienen del hecho de ser mujer me habría mortificado. Cuando hice el discernimiento para entrar en la vida religiosa, más que en la ausencia de un hombre, pensé en la de los hijos. Me preguntaba si sería capaz de renunciar a ellos. Y, no he renunciado a nada: ¿sabe cuánta vida genero yo? He enseñado durante 22 años y ha sido maravilloso, pero dejé de hacerlo para dedicarme a los hermanos presos, y cuando voy a verlos, me doy cuenta de que resucitan, se iluminan, sienten vida: la generamos juntos. Generar vida no es solo una cuestión biológica. Cuando voy a verlos, los abrazo a todos, los estrecho entre mis brazos.

Infinita ternura

¿Cómo reaccionan?

De infinita ternura. Son personas que a menudo nunca han tenido una madre, ni un abrazo puro. Muchos nunca han sido amados, sino utilizados para el sexo. No ejercer la sexualidad no te priva del amor: si así fuera, yo no podría hacerlo. Yo necesito amar, abrazar: soy una mujer. Y los hermanos presos perciben que mis abrazos son puros, diferentes de los de otras mujeres que se han acercado a ellos a lo largo de su vida. Uno de ellos me dijo: "Tú nos has elegido a todos". Y es verdad, y esta es la gracia de la castidad: hacer que todos ellos se sientan mis preferidos.

Mi objetivo es que cada uno de ellos diga: "La hermana Lorena me prefiere". Esto es la castidad: sentir que quien se acerca a ti es la persona más importante. Hacer el amor es lo más hermoso que Dios ha creado, porque es la entrega de dos cuerpos que se convierten en una sola alma. Yo, que he renunciado a esto, que es el gesto concreto del amor, he comprendido su grandeza, y he comprendido que no puede hacerse si uno no se entrega al otro, y esta entrega debe ser recíproca.

¿Tiene un diario?

Sí. Escribo sobre mis emociones más profundas, todo lo que más me impacta, las personas que conozco en prisión. No tienen internet, ni teléfonos, ni la capacidad de tomar sus propias decisiones, y por eso experimentan la verdadera esencia de la condición humana.

Y la amistad, ¿existe en el convento?

Claro. Antes de entrar en este instituto, reflexioné sobre la posibilidad de la consagración personal, para hacer como las esposas de **Jesús** que permanecen en su propia casa y hacen voto de castidad. Pero después me di cuenta de que a mí me interesaba compartir la vida con las hermanas, la amistad, precisamente.

Hermana, cuando reza, ¿qué pide?

Esta noche hemos hecho la vigilia: ocurre una vez al mes, porque la adoración perpetua no conoce husos horarios, y nosotras nos repartimos los turnos con las comunidades de todo el mundo. Y pensé que debería haber pedido al Señor la paz, la salud de tantos enfermos y la conversión de mis amigos que están en prisión. Pero no lo hice, porque yo no pido: encomiendo. "Tú estás ahí, Señor, intervén".

No significa hacer que termine la guerra porque eso sería magia, y Dios no es magia, sino acción. Es permanecer, como nos enseña la adoración eucarística. Dios está aquí, entre usted y yo. ¿Lo siente? Una vez, un preso me dijo: "Hermana, yo no sé quién es usted y no sé quién es Dios, y no me importa, pero usted tiene algo que no es humano". ¿Y qué era aquello, sino la presencia de Dios? Algo que él percibía y captaba, pero que no lograba definir.

¿Es partidaria del sacerdocio femenino?

No. Las mujeres deben expresar sus propias facultades y no las del sacerdocio: el sacerdote tiene unas características



que el Señor ha confiado a los hombres. Nosotras, las mujeres, somos diferentes.

¿Cómo somos?

Nosotras poseemos capacidades humanas, espirituales, psicológicas y psíquicas que nos distinguen de los hombres. En el Evangelio, los apóstoles son hombres, mientras que las mujeres son llamadas a cuidar, nutrir y mimar, a estar con Cristo.

En el mundo exterior, las mujeres están hartas de que toda la responsabilidad recaiga sobre sus hombros, están cansadas.

Esto me da miedo. Porque le hemos dado la vuelta a todo. Cuidar no significa convertirse en una sirvienta, sino acoger al otro y transformarlo. Esto es lo que hace el útero al recibir la semilla humana: la trabaja hasta que se convierte en una nueva vida.

¿Qué piensa de la paridad?

No me gusta. No quiero estar a la par de un hombre.Tampoco somos iguales.

¿Para mantener íntegra su fe debe mantenerse distante del mundo?

En parte, sí. En la adoración hay distancia. Pero para salvarnos, debemos bajar al barro y no tengo miedo de hacerlo. Debemos abrazar a nuestros hermanos encarcelados y besar las manos que mataron porque, en el momento en que besas a un asesino, tu corazón se entrega al amor, no está en desorden. Las manos que estrangularon mujeres se pueden abrir para recibir un caramelo. Una vez le pregunté a uno qué significaba recibir un dulce de una monja, me dijo que era revivir la parte del niño que había dentro de él, a pesar de la maldad.

Los internos que conoce, ¿son conscientes del daño que han hecho?

Quienes lo son, sienten un dolor indescriptible. Pero la mayoría no lo son. Son personas que no han tenido la oportunidad de elegir entre el bien y el mal, porque solo han visto el mal.

¿Es feliz?

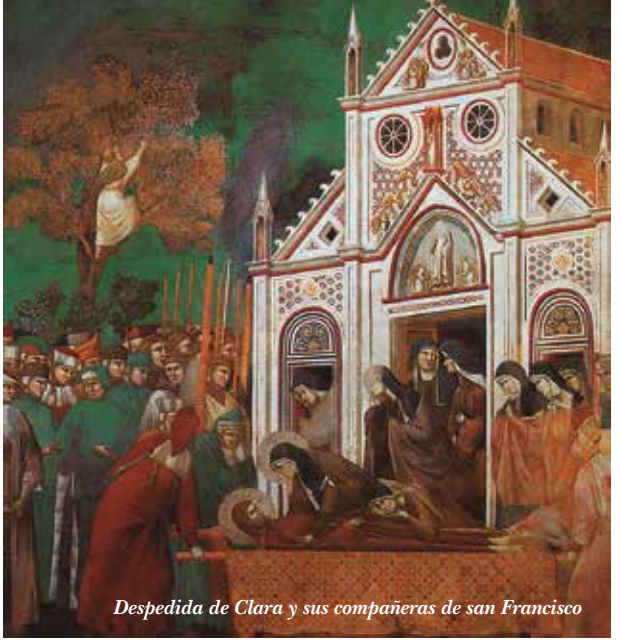
Por supuesto. amo y soy amada. Siempre les digo a mis hermanos encarcelados que cuando nos presentemos ante el Señor, Él no nos preguntará cuántos pecados hemos cometido, sino si hemos sido felices.

¿Qué hace cuando tiene ganas de salir?

Salgo. Y doy un paseo. Camino sola a la cárcel. Y en el camino mantengo una actitud de adoración, rezo. Hablo con el Señor, paso tiempo con él y me preparo para encontrarme con las personas en la cárcel, porque necesito hacer mío el sentimiento de Jesús en la Eucaristía, que es el sacrificio por los demás, la entrega total. Y es algo que me hace sentir bien. A veces llego a la cárcel con un terrible dolor de cabeza, y cuando me voy, se me ha quitado.



Ángela de Foligno



Despedida de Clara y sus compañeras de san Francisco



Santa Isabel de Hungría



Santa Margarita de Cortona

La memoria del arte

Las mujeres franciscanas son ya iconos en el mundo cultural

MIRIAM FRANCESCA BIANCHI

En el transepto de la basílica de Santa Clara de Asís hay una mujer que mira al visitante con sorprendente sencillez. Es **Clara**. A su alrededor, ocho escenas narran su vida: su huida de la casa de su padre, su consagración religiosa, el milagro de la Eucaristía y su muerte. Se trata de "*La Tavola de Santa Chiara*", pintada en 1283 por el llamado Maestro de Santa Clara, uno de los retablo hagiográficos más antiguos dedicados a un santo en el Occidente medieval. No se limita a celebrar a una santa. Conserva el rostro de una mujer y plantea una pregunta: ¿cómo retratan las imágenes a las mujeres del franciscanismo? Y, sobre todo, ¿cómo han contribuido a hacerlas visibles en la memoria de la Iglesia? Mientras que el rostro de **Francisco** ha impregnado la historia del arte occidental casi ininterrumpidamente, los de las mujeres que compartieron su experiencia han vivido en la discreción. Algunas han arraigado en el imaginario cristiano, otras sobreviven en unas pocas representaciones, y otras apenas aparecen en escena. Esto no es solo una diferencia en la suerte artística. Refleja la forma en que una comunidad construye su propia memoria y decide qué transmitir.

En la Edad Media, las imágenes no eran meros ornamentos de la devoción. En una sociedad donde la palabra escrita seguía siendo propiedad de unos pocos, constituían un lenguaje capaz de educar, recordar e interpretar acontecimientos. Elegir a quién representar, qué episodios narrar y qué atributos asociar a una figura implicaba ofrecer una interpretación precisa del carisma franciscano. El arte no solo conservaba la memoria: la moldeaba. No solo restaura el pasado, sino que ayuda a determinar qué seguirá siendo visible.

Chiara Offreduccio

Chiara Offreduccio (1193/94-1253) es el ejemplo más elocuente. El retablo de Asís la sitúa en el centro de una red de relaciones: Francisco, las hermanas de San Damián, Cristo. Incluso el episodio de la Eucaristía no destaca el heroísmo, sino la confianza. *La Leyenda de Santa Clara* relata a una mujer enferma que es conducida ante el altar, toma el copón y encomienda la comunidad al Señor. Solo en siglos posteriores esa imagen se traduciría en el atributo de la custodia. En su origen, sigue siendo un gesto de protección: no la afirmación de poder, sino la responsabilidad de una presencia que vela por la propia comunidad.

Ángela de Foligno

Ángela de Foligno (c. 1248–1309) es recordada de manera diferente. Tras su conversión, su experiencia espiritual fue recogida por Fray **Arnaldo** en el Liber, uno de los textos más significativos del misticismo medieval. No sorprende que su presencia figurativa esté vinculada a la transmisión del Liber: en algunos manuscritos Ángela aparece dictando, enseñando y dialogando. La imagen no se centra en el prodigio, sino en la palabra, reconociendo la autoridad de una mujer capaz de transmitir su experiencia de Dios a la Iglesia.

Margarita de Cortona

Margarita de Cortona (1247–1297), terciaria franciscana, también es recordada por su conversión. En las imágenes devocionales, el Crucifijo, el libro y el hábito se convierten en elementos esenciales de la historia. Más que en el pasado de la penitente, la iconografía subraya la posibilidad de una nueva vida. No borra su fragilidad, sino que la transfigura, haciendo de la misericordia el centro de la narración.

Isabel de Hungría

Con **Isabel de Hungría** (1207-1231), el lenguaje volvió a cambiar. Hija del rey **Andrés II**, viuda a muy temprana edad, eligió dedicarse a los pobres y los enfermos, abrazando el ideal evangélico difundido por los primeros frailes menores. En la capilla de San Martino, en la basílica Inferior de San Francisco de Asís, **Simone Martini** aún la representa con vestiduras reales. Sin embargo, la corona ya no simboliza el poder, sino una realeza transfigurada por el servicio. La soberana sigue siendo reconocible como reina, incluso cuando la imagen muestra su autoridad expresada en el cuidado de los pobres y los enfermos.

Jacopa de Settesoli

Finalmente, está **Jacopa de Settesoli**, la noble romana a quien Francisco llamaba cariñosamente "Hermana Jacoba". Las fuentes franciscanas la recuerdan junto al santo durante sus últimos días cuando llegó a Asís portando el sudario y los mostaccioli que él tanto disfrutaba. Por ello, en la tradición figurativa del Tránsito de San Francisco, su presencia se convierte en un discreto signo de fiel amistad. Es



Tabla de Santa Clara

una de las pocas figuras femeninas que la tradición iconográfica permite junto al cuerpo del santo, casi como un recordatorio de que la cercanía es también una forma de testimonio evangélico.

Vistas en conjunto, estas obras revelan un franciscanismo más coral de lo que sugiere la figura de Francisco por sí sola. Proteger, interpretar, convertir, servir, permanecer cerca: cada mujer visibiliza una dimensión diferente del carisma franciscano. La iconografía no se limita a distribuir atributos o símbolos; confía a cada mujer una manera particular de encarnar el Evangelio y, al hacerlo, fija su significado en la memoria eclesial. Quizás esta sea la lección que nos enseña *la Tabla de Santa Clara*. La memoria no reside solo en textos o crónicas.

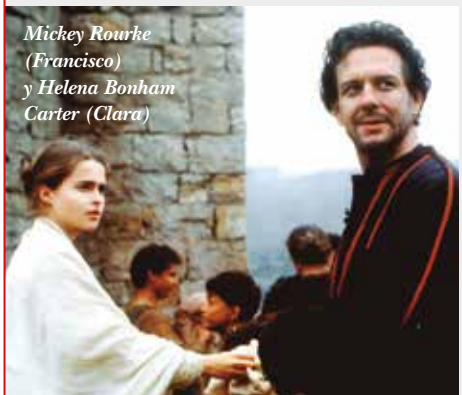
También vive en imágenes, que conservan los rostros, los gestos y las relaciones a través de las cuales se configura un carisma. Pero no son neutrales porque, al conservar, seleccionan; al recordar, interpretan; al poner de relieve una historia, inevitablemente dejan otras en segundo plano. Observar hoy a las mujeres de Francisco implica un ejercicio doble. Por un lado, redescubrir multitud de figuras que han conservado y transmitido el Evangelio de distintas formas; por otro, cuestionar la mirada con la que, a lo largo de los siglos, la Iglesia ha aprendido a reconocer la autoridad femenina. Porque la historia no solo se compone de lo que ha sucedido, sino también de lo que sigue siendo visible. Y estas imágenes continúan haciéndolo visible.

Clara como protagonista

GLORIA SATTA

Liliana Cavani ha dirigido tres películas sobre el Santo de Asís

"Si un día tuviera que hacer otra película sobre **Francisco**, daría más espacio a la figura de **Clara**, es más, la convertiría en protagonista ya que, sin ella, el mensaje de fraternidad y pobreza del Santo de Asís no habría tenido continuidad ni memoria". No tiene dudas la directora **Liliana Cavani**, que ha consagrado una parte relevante de su inspiración a la visión revolucionaria de **Francisco**, realizando a lo largo de medio siglo dos películas y una miniserie de televisión. Como intelectual no creyente, desde una perspectiva laica, nunca ha dejado de explorar la parábola humana y espiritual del Santo, a quien hoy, a sus 93 años, continúa considerando con lucidez "más actual que nunca porque la Fraternitas que él propuso es la única respuesta posible a la crisis mundial, a las guerras, a la violencia". El primer acercamiento de Cavani, en 1966, había sido la miniserie de la RAI en blanco y negro *Francesco d'Assisi*, una obra sobria y rigurosa transformada en película en 1972, con el actor francés **Lou Castel**. En 1989 la directora confió a la estrella estadounidense **Mickey Rourke** el papel del Santo en la película, titulada *Francesco*, que ponía de relieve la inquietud interior del protagonista y reservaba a Clara, interpretada por **Helena Bonham-Carter**, un papel de fondo. Finalmente, en la miniserie de la RAI *Francesco* (2014), junto al Santo de Asís interpretado por el actor polaco **Mateusz Kosciukiewicz**, emerge todo el valor de Clara (la actriz **Sara Serraiocco**) que, en la visión de Cavani, se convierte en el pilar espiritual e ideológico capaz de garantizar la transmisión y la supervivencia del mensaje franciscano original. "Es ella quien pone en práctica la palabra de Francisco", dice la cineasta, "y va más allá del aspecto contemplativo, impulsa a las monjas a trabajar para ayudar a los pobres. Demostrando que, para cambiar el mundo, no se puede prescindir de las mujeres".



Mickey Rourke (Francisco) y Helena Bonham Carter (Clara)

Quiere precisar que "en este último trabajo, Clara defiende la pobreza absoluta y la igualdad fraterna que quería Francisco, rechazando las riquezas y las propiedades materiales que la Iglesia habría querido imponer a las monjas. Llega a emprender una huelga de hambre para obligar al Papa a conceder el "privilegio de la pobreza" a sus hermanas de comunidad, demostrando una personalidad muy fuerte y una talla política". "Clara tiene un papel paritario, es una discípula al mismo nivel que los hombres y una intelectual de su época. Francisco se confiaba a ella, le contaba sus problemas considerándola su *alter ego*. En mi tercera película sentí la necesidad de devolver a la Santa de Asís su papel real, tan incisivo y moderno tanto en el plano espiritual como en el histórico", añade la cineasta.

Según Cavani, Clara siempre ha sido "contada poco y mal". ¿Por qué? "Era una mujer y, como tal, fue considerada un ser de segunda categoría y discriminada. No es casualidad que se siga celebrando a Francisco mientras la guardiana más importante de su mensaje parece interesar menos". Clara tiene el poder de hablar también a las jóvenes de hoy: "En ella ven realizada esa igualdad que no se ha alcanzado del todo; se han dado pasos adelante, pero queda mucho camino por recorrer, sobre todo en el ámbito salarial", explica la directora. "Recuerdo que en Carpi, mi ciudad la más inteligente de mis amigas se hizo monja franciscana". Y a las monjas de clausura del Monasterio de Santa Clara de Urbino, Cavani dedicó en 2012 el documental *Clarisse*, dando la palabra a diez monjas y tres novicias: "A mi pregunta de si la Iglesia era misógina por estar gobernada por hombres, respondieron que les habría gustado tener más peso. La Iglesia es una institución con una grandísima mayoría masculina, pero está intentando dar más espacio a las mujeres. Hay signos de apertura. Y las clarisas son importantes porque rezan por todos nosotros".



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento